

tuado á una gran distancia de sus súbditos, y el gobierno provincial al alcance de todos, siendo lo bastante alzar la voz para que le oigan. El gobierno central tiene para sí las pasiones de algunos hombres superiores que aspiran á dirigirle; del lado del gobierno provincial se encuentra el interés de los hombres de segundo orden, que sólo esperan obtener poderío en su Estado, siendo éstos los que, colocados cerca del pueblo, ejercen en él más autoridad.

Los americanos, pues, tienen que esperar mucho más y que temer del Estado, que de la Unión y, según el curso natural del corazón humano, deben adherirse con mucha más vehemencia al primero que á la segunda.

En esto los hábitos y los sentimientos están conformes con los intereses. Cuando una nación homogénea divide su soberanía y llega á Estado de Confederación, los recuerdos, los usos y los hábitos luchan por mucho tiempo contra las leyes y dan al gobierno central una fuerza que éstas le rehusan. Cuando pueblos confederados se reúnen en una sola soberanía, las mismas causas obran en sentido contrario. No dudo que si Francia llegara á ser una república confederada como la de los Estados Unidos, el gobierno se mostrara al pronto más enérgico que el de la Unión, y si la Unión se constituyese en monarquía como Francia, pienso que el gobierno americano permanecería durante algún tiempo más débil que el nuestro. Al tiempo de crearse la vida nacional entre los angloamericanos, era ya antigua la existencia provincial; se habían establecido relaciones necesarias entre las comunidades y los individuos del mismo Estado; se había adquirido la costumbre de considerar ciertos objetos desde un punto de vista común y de ocuparse exclusivamente de ciertas empresas como representantes de un interés especial.

La Unión es un cuerpo inmenso que brinda al patriotismo un objeto vago que abrazar. El Estado tiene formas fijas y límites circunscriptos; representa cierto número de cosas conocidas y entrañables para los que en él moran. Confúndese con la misma imagen del terreno; identificase á la propiedad, á la familia, á los recuerdos de lo pasado, á los trabajos de lo presente y á los sueños de lo futuro. El patriotismo, que las más de las veces no es más que una extensión del egoísmo individual, permanece, pues, en el Estado, y no ha pasado, por decirlo así, á la Unión. Por eso los

intereses, los hábitos, los sentimientos se reúnen para concentrar la verdadera vida política en el Estado y no en la Unión.

No con mucha dificultad se puede juzgar la diferencia de las fuerzas de ambos gobiernos, viéndose moverse á cada uno de ellos en el círculo de su poder. Siempre que un gobierno de Estado se dirige á un hombre ó á una asociación de hombres, su lenguaje es claro é imperativo; lo mismo sucede con el gobierno federal cuando habla á individuos; pero avistándose con un Estado, principia á parlamentar; explica sus motivos y sincera su conducta; argumenta; aconseja; apenas da órdenes. Suscítanse dudas acerca de los límites de los poderes constitucionales de cada gobierno, el de provincia reclama su derecho con decisión y toma providencias prontas y enérgicas para sostenerle. Durante este tiempo raciocina el gobierno de la Unión; apela al buen sentido de la nación, á sus intereses, á su gloria; contemporiza; negocia, y sólo reducido al último extremo, se determina por fin á obrar. Al pronto se podría creer que es el gobierno provincial el que está armado de las fuerzas de toda la nación, y que el Congreso representa un Estado.

Por consiguiente, el gobierno federal, á despecho de los esfuerzos de los que le han constituido es, como ya lo he dicho en otro lugar, por su misma naturaleza, un gobierno débil, que más que otro cualquiera tiene necesidad del libre concurso de los gobernados para subsistir.

No cuesta mucho ver que su objeto se reduce á realizar fácilmente la voluntad que tienen los Estados de quedarse unidos. Cumplida esta primera condición, es hábil, fuerte y activó, organizándosele de manera que no halla habitualmente delante de sí á individuos y vence con facilidad las resistencias que se quieran oponer á la voluntad común; pero el gobierno federal no se ha establecido con la previsión de que los Estados ó varios de ellos cesen de querer estar unidos.

Si la soberanía de la Unión entrase en lucha con la de los Estados, se puede fácilmente prever el descalabro, y aun dudo que se entable jamás el combate de un modo serio, pues cada vez que se oponga una resistencia tenaz al gobierno federal, se le verá ceder. La experiencia ha demostrado hasta ahora que cuando un Estado quería obstinadamente una cosa y la pedía con resolución,

siempre la lograba, y que cuando luego rehusaba formalmente obrar (1), se le dejaba la libertad de hacerlo.

Aunque tuviera el gobierno de la Unión una fuerza propia suya, la situación material del país le dificultaría sobremanera su uso (2).

Los Estados Unidos cubren un inmenso territorio; largas distancias los separan; la población está desparramada en medio de países aún medio desiertos. Si la Unión emprendiese mantener con las armas en el deber á los confederados, su posición se asemejaría á la que ocupaba Inglaterra luego de la guerra de la Independencia.

Por otra parte, un gobierno, aunque sea fuerte, sólo trabajosamente prescinde de las consecuencias de un principio, cuando le ha admitido una vez como fundamento del derecho público que debe regirlo. Formóse la Confederación por la libre voluntad de los Estados, los cuales, uniéndose, no han perdido su nacionalidad, ni refundídose en un solo y mismo pueblo. Si hoy uno de aquellos mismos Estados quisiera retirar su nombre del contrato, bastante difícil sería probarle que no puede hacerlo. El gobierno federal, para contrarrestarle, no se apoyaría de un modo evidente ni en la fuerza ni en el derecho. Para que triunfara fácilmente de la resistencia que le opondrían algunos de sus súbditos, sería preciso que el interés particular de uno ó de varios de ellos estuviese tan íntimamente ligado con la existencia de la Unión, según se ha solido ver en la historia de las Confederaciones.

Supongo que entre los Estados que enlaza el vínculo federal haya algunos que gocen por sí solos de las principales ventajas de

(1) Véase la conducta de los Estados del Norte en la guerra de 1812. «Durante aquella guerra, dice Jefferson en una carta del 17 de Marzo de 1817 al general Lafayette, cuatro Estados del Este ya no estaban ligados á los demás de la Unión sino como cadáveres á hombres vivos». (*Correspondencia de Jefferson*, publicada por el señor Conseil).

(2) El estado de paz en que se halla la Unión no la da ningún pretexto para tener un ejército permanente. Sin ejército permanente, un gobierno nada tiene preparado para aprovecharse del momento favorable, vencer la resistencia y apoderarse por sorpresa del poder soberano.

la Unión ó cuya prosperidad dependa enteramente de ésta; es claro que el poder central hallará en aquéllos grandísima ayuda para mantener á los demás en la obediencia. Mas, entonces, ya no sacará su fuerza de sí mismo, sino que la tomará de un principio que es contrario á su naturaleza. Los pueblos no se confederan más que para sacar ventajas iguales de la Unión y en el caso citado más arriba, el gobierno federal es poderoso, porque reina la desigualdad entre las naciones unidas.

Supongo también que uno de los Estados confederados haya adquirido una preponderancia bastante grande para apoderarse por sí solo del poder central, considerará los demás Estados como súbditos suyos y hará respetar en la pretendida soberanía de la Unión su propia soberanía. Entonces se harán grandes cosas en nombre del gobierno federal; mas, en realidad, ya no existirá este gobierno (1).

En estos dos casos, el poder que obra á nombre de la Confederación, se hace tanto más fuerte cuanto más se aparta del estado natural y del principio reconocido de las Confederaciones.

En América, la Unión actual es provechosa á todos los Estados, mas no esencial á ninguno de ellos. Varios Estados romperían el vínculo federal sin estar comprometida la suerte de los demás, bien que no sería tanta su fortuna. Como no hay Estado cuya existencia ó prosperidad esté ligada enteramente á la Confederación actual, tampoco hay ninguno dispuesto á hacer grandísimos sacrificios personales para conservarla. Por otra parte, no se ve Estado alguno que hasta ahora tenga gran interés de ambición en mantener la Confederación tal como vemos en nuestros días. Todos no ejercen, sin duda, la misma influencia en los consejos ó juntas federales; pero no se divisa ninguno que deba lisonjearse de predominar en ellos y que pueda tratar á sus confederados como inferiores ó súbditos.

Me parece, pues, cierto, que si una parte de la Unión quisiera seriamente separarse de la otra, no sólo sería imposible impedir-

(1) Por eso, la provincia de Holanda en la República de los Países bajos, y el emperador en la Confederación germánica, han reemplazado algunas veces á la Unión y han echado mano, por su interés particular, de la potestad federal.

selo, sino que ni aun siquiera se intentaría hacerlo (1), por consiguiente, la Unión actual no durará más que mientras todos los Estados que la componen continúen queriendo formar parte de ella.

Fijado este punto, nos vemos más descuidados; ya no se trata de indagar si podrán separarse los Estados actualmente confederados; pero sí querrán permanecer unidos.

Entre todas las razones que hacen útil á los americanos la Unión actual, se encuentran dos principales, cuya evidencia atrae fácilmente todas las miradas.

Sin embargo de que los americanos estén, por decirlo así, en el Continente, el comercio les da por vecinos á todos los pueblos con quienes trafican. Luego, á pesar de su aislamiento aparente, tienen necesidad de ser fuertes, y no lo pueden ser sino permaneciendo todos unidos.

Los Estados, desuniéndose, no disminuirían solamente su fuerza para con los extranjeros, sino que los crearían en su propio suelo. Entrarían desde luego en un sistema de aduanas interiores; dividirían los valles con líneas imaginarias; aprisionarían el curso de los ríos, é incomodarían de todos modos las labores y faenas del inmenso Continente que Dios les ha concedido por dominio.

Hoy no tienen invasión que temer y, por lo mismo, ejércitos que mantener ni impuestos que levantar. Si se deshiciera la Unión, la necesidad de todas estas cosas no tardaría tal vez en experimentarse.

Los americanos, pues, tienen un inmenso interés en quedarse unidos.

Por otro lado, es casi imposible descubrir qué especie de interés material tendría una parte de la Unión, en cuanto al presente, para separarse de las demás.

Cuando se pasa la vista por un mapa de los Estados Unidos y se divisa la cordillera de los montes Alleghanys, que va del Noroeste al Suroeste y recorre el país en un espacio de cuatrocientas leguas, se llega á pensar que el objeto de la Providencia ha

(1) La conducta seguida por el Norte contra el Sur en la guerra de secesión, vino á desautorizar esta suposición de Tocqueville.—(N. del T.)

sido erigir entre la hoya del Missisipí y las costas del Océano Atlántico, uno de esos muros naturales que, oponiéndose á las relaciones permanentes de los hombres entre sí, forman como los límites necesarios de diferentes pueblos. Pero los Alleghanys tienen una altura media que no pasa de ochocientos metros (1). Sus redondas cimas y los valles espaciosos que se encierran en sus contornos, presentan en mil parajes un tránsito fácil. Además de esto, los principales ríos que desaguan en el Océano Atlántico, como son el Hudson, el Susquehanna, y el Potomac, nacen más allá de los Alleghanys en un terraplén abierto que costea el Missisipí. Salidos de esta región (2), se abren paso por entre la barrera que, al parecer, debía echarlos al Occidente, y describen en medio de los montes caminos naturales siempre abiertos al hombre.

Por esto se ve que no se levanta ningún antemural entre las diferentes partes del país, ocupado en nuestros días por los anglo-americanos, pues lejos de que los Alleghanys sirvan de límites á pueblos, ni siquiera son límites de Estados. Nueva York, Pensilvania y Virginia los encierran en su recinto, y se extienden tanto al Occidente como al Oriente de aquellos montes (3).

El territorio ahora ocupado por los veinticuatro Estados de la Unión, y los tres grandes distritos que todavía no se cuentan como Estados, aunque ya tienen vecinos, abarca una superficie de ciento treinta y un mil ciento cuarenta y cuatro leguas (4); es decir, que presenta ya una superficie casi igual á cinco veces la de Francia, en cuyos límites se encuentran un terreno variado, temperaturas diferentes y productos muy diversos.

(1) Altura media de los Alleghanys, según Volney (*Cuadro de los Estados Unidos*, pág. 33), de setecientos á ochocientos metros; cinco mil á seis mil piés, según Darby; la mayor altura de los Vosges es de mil y cuatrocientos metros por cima del nivel del mar.

(2) Véase *View of United States*, por Darby, págs. 64 y 79.

(3) La cordillera de los Alleghanys no es más alta que la de los Vosges, y no representa tantos obstáculos como esta última á los esfuerzos de la industria humana. Los países sitos en la ladera oriental de los Alleghanys están, pues, tan naturalmente ligados al valle del Missisipí como el Franco-Condado, la Borgoña alta y la Alsacia lo están á Francia.

(4) Un millón dos mil seiscientas millas cuadradas. Véase la citada obra de Darby, pág. 435.

Este gran espacio de territorio ocupado por las repúblicas angloamericanas ha suscitado dudas acerca del mantenimiento de su misión. Entendámonos: algunas veces se originan intereses contrarios en las diferentes provincias de un vasto imperio, y se encuentran al cabo en pugna, sucediendo entonces que la magnitud del Estado es lo que más compromete su duración. Mas si los hombres que ocupen aquel vasto territorio no tienen entre sí intereses opuestos, su misma extensión debe servir para su prosperidad, por cuanto la unidad del gobierno favorece sobremanera la permuta que se puede hacer de los varios productos del terreno, y que, facilitando su salida, aumenta su valor.

Ahora bien; veo, en verdad, en las diferentes partes de la Unión, intereses diferentes, mas no descubro que sean contrarios unos á otros. Los Estados del Sur son casi exclusivamente labradores. Los del Norte, en especial, fabricantes y comerciantes. Los Estados del Oeste son al mismo tiempo fabricantes y cultivadores. En el Sur se recoge tabaco, arroz, algodón y azúcar; en el Norte y Oeste, maíz y trigo. Ved aquí diversas fuentes de riqueza; mas para beber en ellas hay un medio común é igualmente favorable para todos, cual es la unión.

El Norte, que conduce las riquezas de los angloamericanos á todas partes del mundo y las del globo al seno de la Unión, tiene un interés evidente en que subsista la Confederación tal cual está en nuestros días, á fin de que permanezca el mayor número posible de productores y consumidores americanos, á quienes él ha de servir. El Norte es el medianero más natural entre el Sur y el Oeste de la Unión, por una parte, y por otra, con lo demás del Universo; por eso debe desear el Norte que el Sur y el Oeste queden unidos y florezcan, con el objeto de que suministren á sus fábricas materias primeras y flete á sus embarcaciones (1).

Asimismo, el Sur y el Oeste, tienen por su lado un interés aún más directo en la conservación de la Unión y en la prosperidad del Norte. Los productos del Sur se exportan en gran parte más allá de los mares; el Sur y el Oeste tienen, pues, necesidad de los recursos comerciales del Norte, debiendo querer que la Unión ten-

(1) La antes mencionada guerra separatista proporcionó la más terminante comprobación á estas palabras.—(N. del T.)

ga gran imperio marítimo para poder protegerlos eficazmente, y hasta contribuirían gustosos al coste de una marina (1), ya que carecen de naves, puesto que si las flotas de Europa llegan á bloquear los puertos del Sur y el Delta del Missisipi, ¿en qué vendrán á parar el arroz de las Carolinas, el tabaco de Virginia, el azúcar y el algodón que crecen en los valles del Missisipi? No hay, pues, una porción del presupuesto de gastos federal que se deje de aplicar á la conservación de un interés material, común á todos los confederados.

Prescindiendo de esta utilidad comercial, el Sur y el Oeste de la Unión hallan una gran ventaja política en permanecer unidos entre sí y con el Norte. El Sur encierra en su seno una inmensa población de esclavos; población amenazadora al presente, y aún más en lo sucesivo. Los Estados del Oeste ocupan la hondonada de un solo valle. Los ríos que riegan los montes Rocallosos ó de los Aleghanys mezclan todos ellos sus aguas con el Missisipi, y van con él hacia el Golfo de Méjico. Los Estados del Oeste se hallan enteramente aislados á causa de su posición, de las tradiciones de Europa y de la civilización del Antiguo Mundo.

En consecuencia de esto, los habitantes del Sur deben apetecer el conservar la Unión, por no quedarse solos cara á cara con los negros, y los habitantes del Oeste, á fin de no verse encerrados en medio de la América Central, sin comunicación libre con el mundo. El Norte, por su parte, debe desear que no se divida la Unión, con el objeto de permanecer como eslabón que junta este gran cuerpo con los demás del mundo.

Por consiguiente, existe un vínculo estrecho entre los intereses materiales de todas las partes de la Unión.

Lo mismo diré respecto de las opiniones y sentimientos que podrían llamarse los intereses inmateriales del hombre. Los moradores de los Estados Unidos hablan mucho de su amor por la patria; confieso que nada me fio en ese patriotismo reflexionado, que se funda en el interés y que éste, mudando de objeto, puede des-

(1) Y así ha sucedido al fin. ¡Acaso éstas, como otras palabras de Tocqueville hayan servido de orientación á los yanquis para actos posteriores de su política!—(N. del T.)

truir. Tampoco doy gran valor al lenguaje de los americanos, al manifestar cada día la intención de conservar el sistema federal que han adoptado sus padres. Lo que mantiene á un crecido número de ciudadanos bajo el mismo gobierno, es mucho menos la voluntad razonada de permanecer unidos que el acuerdo instintivo, y en algún modo involuntario, que resulta de la semejanza de sentimientos y opiniones.

En mi vida convendré en que unos hombres forman una sociedad, por la única razón de que no reconozcan el mismo jefe y obedezcan las mismas leyes; no hay sociedad sino cuando los hombres consideran un gran número de objetos bajo el mismo aspecto; cuando acerca de numerosísimos asuntos tengan idénticas opiniones y, finalmente, siempre que los mismos hechos originen en ellos las mismas impresiones y los mismos pensamientos.

El que mirando la cuestión desde este punto de vista estudia-se lo que pasa en los Estados Unidos, sin dificultad descubriría que sus moradores, divididos como están en veinticuatro soberanías distintas, constituyen, no obstante, un pueblo solo, y aun tal vez llegaría á pensar que el estado de sociedad existe más realmente en el seno de la Unión americana que entre ciertas naciones de Europa, no obstante no tener más que una sola legislación y someterse á un solo hombre.

Sin embargo de que los angloamericanos profesan varias religiones, todos ellos tienen la misma manera de considerar la religión.

No siempre concuerdan entre sí sobre los medios que se han de emplear para gobernar bien, y varían acerca de algunas formas que conviene dar al gobierno, pero están acordes sobre los principios generales que deben regir las sociedades humanas. Del Maine á las Floridas, del Missisipi hasta el Océano Atlántico, créese que reside en el pueblo el origen de todas las potestades legítimas. Concíbense las mismas ideas acerca de la libertad ó igualdad; tiénense las mismas opiniones sobre la imprenta, el derecho de asociación, el jurado; la responsabilidad de los agentes del poder.

Si pasamos de las ideas políticas y religiosas á las opiniones filosóficas y morales que arreglan las acciones diarias de la vida y la dirigen toda ella, observaremos la misma conformidad. Los

angloamericanos (1) colocan en la razón universal la autoridad moral, así como la potestad política, en la universalidad de ciudadanos, y estiman que al sentido de todos ha de atenerse uno para discernir lo permitido ó lo prohibido, lo verdadero ó lo falso. Los más son de parecer que el conocimiento de su interés bien entendido basta para conducir al hombre hacia lo justo y lo honroso. Creen que cada cual, al nacer, recibe la facultad de gobernarse de por sí y que tiene derecho para forzar á su semejante á ser feliz. Todos tienen una fe viva en la perfección humana; conceptúan que la difusión de luces debe necesariamente ocasionar resultados provechosos y la ignorancia traer consigo efectos funestos; todos consideran la sociedad como un cuerpo en progreso, la humanidad como un retablo variable, en que nada está ni debe estar fijo para siempre, y admiten que lo que les parece bien hoy, puede reemplazarse mañana por otra cosa mejor, que aún se halla oculta.

No digo que sean justas todas estas opiniones, sino que son americanas.

Al mismo tiempo que los angloamericanos están unidos de este modo entre sí por ideas comunes, se separan de todos los demás pueblos por un sentimiento, que es el orgullo.

Desde cincuenta años acá no se cesa de repetir á los habitantes de los Estados Unidos, que forman el solo pueblo religioso, ilustrado y libre. Ellos ven que entre ellos, hasta ahora, prosperan las instituciones democráticas, cuando no surten efecto en lo demás del mundo; tienen, pues, un concepto inmenso de sí mismos, y no están distantes de creer que forman una especie por separado en el género humano.

Así, pues, los peligros de que está amenazada la Unión americana, no nacen de la diversidad de opiniones, ni de la de intereses. Se han de buscar en la variedad de caracteres y en las pasiones de los americanos.

Los hombres que viven en el inmenso territorio de los Estados Unidos son casi todos descendientes de una rama común; mas con el tiempo, el clima y señaladamente la esclavitud, han intro-

(1) Creo que está demás decir que, por estas expresiones: *los angloamericanos*, hablo de la gran mayoría de ellos, pues fuera de ésta siempre hay algunos individuos aislados.

ducido diferencias notables entre el carácter de los ingleses del Sur de los Estados Unidos y el de los ingleses del Norte.

Generalmente se cree entre nosotros que la esclavitud da á una porción de la Unión intereses contrarios á los de otra. No he notado tal cosa. La esclavitud no ha creado en el Sur intereses opuestos á los del Norte; sólo sí ha modificado el carácter de los habitantes del Sur; les ha dado hábitos diferentes.

Ya en otro lugar he dado á conocer el influjo que había ejercido la servidumbre en la capacidad comercial de los americanos del Sur; este mismo influjo se extiende igualmente en las costumbres.

El esclavo es un sirviente que no discute y se somete á todo, sin despegar los labios. Algunas veces quita la vida á su amo, pero nunca le resiste. En el Sur no hay familias, por pobres que sean, que no tengan su esclavo. El Americano del Sur, desde su nacimiento, se halla investido de una especie de dictadura doméstica; las primeras nociones que recibe de la vida le enteran de que ha nacido para mandar, y el primer hábito que adquiere es el de dominar sin esfuerzo alguno. La educación, pues, tiende poderosamente á hacer del americano del Sur un hombre altanero, liviano, irascible, violento, fogoso en sus deseos, impaciente de los obstáculos, pero fácil de desanimar si no puede triunfar del primer golpe.

El americano del Norte no ve correr esclavos alrededor de su cuna. No encuentra siquiera sirvientes libres, pues las más de las veces está reducido á atender él mismo á sus necesidades. Apenas nace, ya la idea de la necesidad viene de todas partes á presentarse á su imaginación y así aprende, desde temprano, á conocer exactamente por sí mismo el límite natural de su autoridad; no se espera á doblegar por medio de la fuerza las voluntades que se opongan á la suya, y sabe que para lograr el apoyo de sus semejantes, lo primero de todo es ponerse á bien con ellos. Es, pues, paciente, pausado, tolerante, lento en obrar y perseverante en sus designios.

En los Estados meridionales siempre quedan satisfechas las más apremiantes necesidades del hombre. Así el americano del Sur no está preocupado de los cuidados materiales de la vida; otro se encarga de pensar en eso, en su lugar. Libre en este punto, su imaginación se dirige hacia otros objetos mayores y menos exactamente definidos. El americano del Sur gusta de la grandeza, del

lujo, de la gloria, del bullicio, de los placeres y, mayormente, de la ociosidad; nada le obliga á trabajar para vivir y como no tiene trabajos necesarios se adormece y ni siquiera emprende algunos que sean útiles.

Reinando en el Norte la igualdad de haberes, y no existiendo allí la esclavitud, el hombre se encuentra como absorbido por aquellos mismos cuidados materiales que desdeña el blanco en el Sur. Desde su infancia se ocupa en combatir la miseria, y aprende á poner el desahogo más alto que todos los goces del ánimo y del corazón. Reconcentrado en las más pequeñas menudencias de la vida, su imaginación se apaga, sus ideas son numerosas y menos generales, pero se hacen más prácticas, más claras y más cabales. Como dirige hacia el único estudio del bienestar todos los esfuerzos de su inteligencia, no tarda en sobresalir en esto; sabe admirablemente sacar partido de la naturaleza y de los hombres para producir la riqueza; comprende maravillosamente el arte de hacer concurrir la sociedad á la prosperidad de cada uno de sus miembros y á sacar del egoísmo individual la ventura de todos. El hombre del Norte no tiene solamente experiencia, sino saber y, á pesar de eso, no gusta de la ciencia como de un placer, la estima como un medio, y de ella sólo percibe con ansia las aplicaciones útiles.

El americano del Sur es más espontáneo, más despejado, más franco, más generoso, más intelectual y más brillante.

El americano del Norte es más activo, más sensato, más ilustrado y más hábil.

El uno, tiene los gustos, las preocupaciones, las flaquezas y la grandeza de todas las aristocracias.

El otro, las cualidades y los defectos que caracterizan á la clase media.

Reúnanse dos hombres en sociedad; déense á estos dos hombres los mismos intereses y, en parte, las mismas opiniones; si discrepan en carácter, en luces y en civilización, hay muchas probabilidades de que no están acordes entre sí. Pues bien; la misma observación es aplicable á una sociedad de naciones.

De todo esto se infiere que la esclavitud no contrasta directamente la Confederación americana, por los intereses, sino indirectamente, por las costumbres.

Los Estados que se adhirieron al pacto federal en 1790 eran trece; la Confederación cuenta hoy veinticuatro. La población que ascendía á cerca de cuatro millones en 1790, se duplicó en el espacio de cuarenta años, pues en 1830 era de cerca de trece millones (1).

Semejantes mudanzas no pueden verificarse sin correr riesgo. Así, para una sociedad de naciones como para una sociedad de individuos, hay tres eventualidades principales de duración: la discreción de los consocios, su debilidad individual y su corto número.

Los americanos que se alejan de las costas del Océano Atlántico para internarse en el Oeste, son aventureros impacientes de toda especie de yugo, ávidos de riquezas y, á menudo, expulsados por los Estados que les han visto nacer. Llegan en medio del desierto sin conocerse unos á otros, en donde no hallan para contentarlos ni tradiciones, ni espíritu de familia, ni ejemplos. Entre ellos, el imperio de las leyes es débil, y aún lo es más el de las costumbres. Los hombres que pueblan cada día los valles del Misisipi son, pues, inferiores bajo todos aspectos á los americanos que viven en los antiguos límites de la Unión. Sin embargo, ejercen ya gran influjo en sus comunidades y llegan á gobernar los negocios municipales antes de haber aprendido á dirigirse á sí mismos (2).

Cuanto más débiles son individualmente los consocios, tantas más probabilidades de duración tiene la sociedad, puesto que entonces no tienen seguridad sino permaneciendo unidos. Cuando en 1790, la más poblada de las repúblicas americanas no constaba de quinientos mil vecinos (3), cada una de ellas conocía lo insignificante que era como pueblo independiente, idea que le facilitaba la

(1) Empadronamiento de 1790: tres millones novecientos veintinueve mil ciento veintiocho. Y el de 1830: doce millones ochocientos cincuenta y seis mil ciento sesenta y cinco.

(2) Verdad es que esto no es más que un peligro transitorio, pues no dudo que con el tiempo llegue á asentarse y arreglarse la sociedad en el Oeste como lo ha hecho en las orillas del Océano Atlántico.

(3) La Pensilvania tenía en 1790, cuatro millones treinta y un mil trescientos sesenta y tres habitantes.

obediencia á la autoridad federal. Mas luego que uno de los Estados confederados cuenta dos millones de habitantes, como el Estado de Nueva York y ocupa un territorio cuya superficie es igual á la cuarta parte de la de Francia (1), ya se conceptúa fuerte por sí mismo, y si continúa deseando la unión como útil para su bienestar, ya no la considera como necesaria á su existencia; puede prescindir de ella y, consintiendo en quedarse allí, no tarda en querer predominar.

La multiplicación sola de los miembros de la Unión propendería ya sobremana á romper el vínculo federal. Todos los hombres puestos en el mismo punto de vista no miran del mismo modo los mismos objetos. Con mucha mayor razón es así cuando es diferente aquél. A medida que se aumenta el número de repúblicas americanas, se ve ir disminuyendo la probabilidad de reunir el asentimiento de todas acerca de las mismas leyes.

En el día, los intereses de las diferentes partes de la Unión no son contrarios entre sí; mas, ¿quién podrá prever las diversas mudanzas que sobrevendrán próximamente en un país donde cada día se crean ciudades y cada lustro naciones?

Desde que se fundaron las colonias inglesas, se ha duplicado en ellas el número de habitantes cada veintidós años, poco más ó menos; no veo causas que deban contener de aquí á un siglo este movimiento progresivo de la población angloamericana, y antes de transcurrir cien años, pienso que el territorio ocupado ó reclamado por los Estados Unidos, le ocuparán más de cien millones de habitantes y estará dividido en cuarenta Estados (2).

Doy por supuesto que estos cien millones de habitantes no tengan intereses diferentes; antes al contrario, les doy á todos una ventaja real en quedarse unidos, y digo que por lo mismo que

(1) La superficie del Estado de Nueva York es de seis mil doscientas trece leguas (quinientas millas cuadradas). (Véase *View of the United States, by Damby*, pág. 435).

(2) Si continúa doblando la población de veintidós en veintidós años aún por espacio de un siglo, como ha sucedido desde doscientos años á esta parte, en 1852 se contarán en los Estados Unidos veinticuatro millones de habitantes; cuarenta y ocho, en 1874, y noventa y seis, en 1896. Así sucedería aun cuando se encontrasen en la espalda oriental de los montes Rocallosos terrenos opuestos al cultivo.

ellos son cien millones compuestos de cuarenta naciones distintas é igualmente poderosas, el mantenimiento del gobierno federal no es más que un accidente feliz.

En buena hora doy crédito á la perfección humana; pero hasta que los hombres hayan mudado de naturaleza y transformádose completamente, me opondré á creer en la duración de un gobierno cuya incumbencia es conservar juntos cuarenta pueblos diversos, esparcidos en una superficie igual á la mitad de Europa (1), excitar entre ellos las rivalidades, la ambición y las desavenencias, y reunir la acción de sus disposiciones independientes hacia el cumplimiento de los mismos designios.

Pero el mayor peligro que corre la Unión agrandándose, pende de la continua traslación de fuerzas efectuadas en su seno.

Desde las márgenes del lago Superior hasta el Golfo de Méjico, se cuenta, á vuelo de pájaro, cerca de cuatrocientas leguas de Francia. A lo largo de esta línea inmensa serpentea la frontera de los Estados Unidos; unas veces se entra ella en estos límites, y las más penetra mucho más allá entre los desiertos. Se ha calculado que sobre todo este vasto frente avanzaban los blancos cada año, por término medio, siete leguas (2). De tiempo en tiempo se presenta un inconveniente, y es un distrito improductivo, un lago ó una nación de indios que se encuentra inopinadamente en su tránsito. Entonces se detiene un instante la columna; sus dos extremos se curvan sobre sí mismos y, una vez juntos, se continúa

---

Las tierras ya ocupadas pueden muy fácilmente contener aquel número de habitantes. Cien millones de hombres esparcidos en el terreno ocupado ahora por los veinticuatro Estados y los tres territorios de que se compone la Unión, no darían más que setecientos sesenta y dos individuos por legua cuadrada, lo que distaría aún mucho de la población media de Francia, que es de mil sesenta y tres; de la de Inglaterra, que es de mil cuatrocientos cincuenta y siete, y lo que es más, aun inferior á la población de Suiza, pues ésta, á pesar de sus lagos y montes, cuenta setecientos ochenta y tres habitantes por legua cuadrada. (Véase *Malte-Brun*, volumen VI, pág. 32.)

(1) El territorio de los Estados Unidos tiene una superficie de doscientas noventa y cinco mil leguas cuadradas; el de Europa, según *Malte-Brun*, vol. VI, pág. 4, es de quinientas mil.

(2) Véanse *Documentos legislativos*, XX<sup>o</sup>, núm. 117, pág. 105.

avanzando. Hay en este rumbo gradual y continuo de la raza europea hacia los montes Rocallosos algo de providencial: es como un diluvio de hombres que sube sin cesar y que levanta cada día la mano de Dios.

Por detrás de esta primera línea de conquistadores, se construyen ciudades y se fundan vastos Estados. En 1790 apenas se hallaban algunos miles de plantadores esparcidos en los valles que contienen tantos hombres como encerraba la Unión entera en aquel año, pues la población asciende allí á cerca de cuatro millones de habitantes (1). La ciudad de Washington se fundó en 1800, en el centro mismo de la Confederación americana, y ahora se halla en una de sus extremidades. Los diputados de los últimos Estados del Oeste (2), para venir á ocupar su asiento en el Congreso, tienen que hacer un recorrido tan largo, como el viajero que va de Viena á París.

Todos los Estados de la Unión van al mismo tiempo hacia la fortuna, pero no es dable á todos acrecentarse y florecer en la misma proporción.

En el Norte de la Unión ramas desprendidas de la cordillera de los Alleghanys, avanzando hasta el Océano Atlántico, forman allí bahías espaciosas, puertos siempre abiertos á las mayores embarcaciones. Por el contrario, partiendo del Potomac y siguiendo las costas de América hasta la embocadura del Missisipi, ya no se encuentra más que un terreno llano y arenoso. En esta parte de la Unión está obstruida la salida de casi todos los ríos, y los puertos que se abren de distancia en distancia en medio de aquellas lagunas, no presentan á los barcos la misma profundidad y no dan tanta facilidad al comercio como los del Norte.

A esta primera dificultad, dimanada de la naturaleza, se agrega otra que proviene de las leyes. Hemos visto que la esclavitud, abolida en el Norte, existe todavía en el Mediodía, y he hecho ver el influjo funesto que ejerce en el bienestar del amo mismo.

---

(1) Según el empadronamiento de 1830: tres millones seiscientos setenta y dos mil trescientos diecisiete.

(2) De Jefferson, capital del Estado de Missouri á Washington, se cuentan mil diecinueve millas ó cuatrocientas veinte leguas de posta. (*American Almanac*, 1831, pág. 18).

El Norte, pues, debe ser más comerciante (1) y más industrial que el Sur y, por lo mismo, es natural que allí cundan con más rapidez la población y la riqueza.

Los Estados situados en las costas del Océano Atlántico están ya medio poblados. Allí, la mayor parte de las tierras tienen un dueño y, por consiguiente, no pueden recibir el mismo número de emigrados que los Estados del Oeste, que aún ofrecen un campo ilimitado á la industria. El valle del Missisipi es infinitamente más fértil que las costas del Océano Atlántico. Esta razón, añadida á todas las demás, impulsa enérgicamente á los europeos hacia el Oeste, lo cual se demuestra rigurosamente con guarismos.

Si se hace la cuenta sobre la totalidad de los Estados Unidos,

(1) Para juzgar de la diferencia habida entre el movimiento comercial del Sur y el del Norte, basta pasar la vista por el estado siguiente:

En 1829, las naves de grande y pequeño comercio pertenecientes á Virginia, ambas Carolinas y Georgia (los cuatro Estados grandes del Sur), no cargaban más que cinco mil doscientas cuarenta y tres toneladas.

En el mismo año, sólo las del Estado de Massachusetts, cargaban diecisiete mil trescientas veintidós toneladas (\*). Así sólo este Estado último tenía tres veces más embarcaciones que los cuatro anteriormente mencionados.

Sin embargo, el Estado de Massachusetts no tiene más que novecientas cincuenta y nueve leguas cuadradas de superficie (siete mil trescientas treinta y cinco millas cuadradas), y seiscientos diez mil catorce habitantes, mientras los cuatro Estados de que hablo constan de veintisiete mil doscientas cuatro leguas cuadradas (doscientas diez mil millas), y tres millones cuarenta y siete mil setecientos sesenta y siete habitantes. Así, la superficie de los cuatro Estados y su población, es cinco veces menor que la de ellos (\*\*). La esclavitud perjudica de varias maneras á la prosperidad del Sur; disminuye el espíritu de empresa entre los blancos é impide que encuentren á su disposición los marinos que necesitan. La marina no se recluta, por lo general, sino en la última clase de la población, y cabalmente en el Sur fórman esta clase los esclavos, á quienes es difícil utilizar para el mar; su servicio sería inferior al de los blancos, y siempre sería de temer se sublevaran en medio del Océano ó se escapasen al arribar á puertos extranjeros.

(\*) *Documentos legislativos*, XX.º Congreso, 2.ª sesión, núm. 130, pág. 244.

(\*\*) *View of the United States*, por Darby.

se saca en claro que desde hace cuarenta años el número de habitantes casi se ha triplicado. Mas si se restringe el cálculo á los valles del Missisipi se descubre que, en el mismo espacio de tiempo, la población (1) se ha hecho treinta y una vez mayor (2).

Cada día se muda de lugar el centro de la potencia federal. Cuarenta años ha, la mayoría de los ciudadanos de la Unión estaban en las orillas del mar, en las inmediaciones del lugar en que está hoy Washington, y ahora se encuentra más metida en tierras adentro y más al Norte, no quedando duda que antes de veinte años se hallará del otro lado de los Alleghanys. Subsistiendo la Unión, el valle del Missisipi, por su fertilidad y su extensión, no podrá menos de llegar á ser el centro permanente de la potencia federal, y dentro de treinta ó cuarenta años habrá tomado su puesto natural, siendo fácil de calcular que entonces su población, comparada con la de los Estados sitos en las márgenes del Atlántico, estará en la proporción de cuarenta á once, con corta diferencia. Transcurridos, pues, algunos años, la dirección de la Unión se escapará completamente de los Estados que la fundaron, y la población de los valles del Missisipi predominará en los consejos federales.

Esta gravitación continua de las fuerzas y la influencia federal hacia el Noroeste se pone al descubierto cada diez años, luego que hecho un empadronamiento general de la población se fija de nuevo el número de representantes que debe enviar al Congreso cada Estado (3).

(1) *View of the United States*, by Darby, pág. 444.

(2) Sépase que cuando yo hablo del valle del Missisipi no comprendo en él la porción de los Estados de Nueva York, Pensilvania y Virginia, situada en el Oeste de los Alleghanys, sin embargo de que se deba considerar como perteneciente á ellos.

(3) Échase de ver entonces, que durante los diez años, recién transcurridos, tal Estado ha acrecentado su población en la proporción de cinco entre ciento, como el Delaware; otro tal en la proporción de doscientos y cincuenta entre ciento, como el territorio de Michigan. La Virginia muestra, que durante el mismo periodo, ella ha aumentado el número de sus habitantes en la relación de trece entre ciento, al paso que el Estado limítrofe del Ohio lo ha sido de sesenta y uno por ciento en cuanto al de los suyos. Véase el estado general contenido en el *National Calendar*, y causará admiración la desigualdad que se advierte en los haberes de los diferentes Estados.

En el año de 1790, la Virginia tenía diecinueve representantes en el Congreso, cantidad que ha continuado aumentándose hasta el de 1813, habiendo ascendido entonces á veintitrés. Desde aquella época ha principiado á disminuir su número, no siendo en 1833 más que de veintiuno (1). Durante este mismo período el Estado de Nueva York seguía una progresión contraria; en 1790, tenía en el Congreso diez representantes; en 1813, veintisiete; en 1823, treinta y cuatro; en 1833, cuarenta. El Ohío no tenía más que un solo representante en 1803, y en 1833 contaba diecinueve.

Difícil es por cierto hacerse cargo de una unión durable entre dos pueblos, de los cuales uno es pobre y débil, y el otro rico y fuerte; aun cuando la fuerza y la riqueza del uno no sean causa de la debilidad y pobreza del otro. La unión es aún más difícil de mantener cuando el uno pierde las fuerzas, y el otro las va adquiriendo.

Este acrecentamiento rápido y desproporcionado de ciertos Es-

(1) Más adelante se va á ver que en el transcurso del último período ha crecido la población de Virginia en la proporción de trece á ciento. Es preciso explicar cómo puede ir á menos el número de representantes de un Estado, cuando su población, lejos de disminuirse, se aumenta.

Tomo por punto de comparación Virginia que ya he citado. El número de los diputados de ella en 1823 era proporcionado al número total de los diputados de la Unión y á la relación de su población con la de toda la Unión; asimismo el número de diputados de Virginia en 1833 era respectivo al número total de diputados de la Unión en 1833, y á la relación de su población, acrecentada durante estos diez años. Por consiguiente la relación de nuevo número de diputados de Virginia con el antiguo será proporcional, por una parte á la relación del nuevo número total de los diputados con el antiguo, y por otra, á la relación de las proporciones de aumento de Virginia y de toda la Unión. Así, para que permanezca fijo el número de diputados de Virginia, basta que la relación de la proporción de aumento del país pequeño con la del grande, sea la inversa de la relación del nuevo número total de los diputados con el antiguo, y por poco que esta proporción de aumento de la población virginense esté en una relación más tenue con la proporción de aumento de toda la Unión, que el nuevo número de diputados de la Unión con el antiguo se disminuirá el número de diputados de Virginia.

tados amaga la independencia de los demás. Si Nueva York, con sus dos millones de moradores y sus cuarenta representantes, quisiera dictar leyes al Congreso, tal vez lo llevaría á efecto. Mas aun cuando los Estados más poderosos no procurasen oprimir á los que lo son menos, habría peligro, puesto que existe en la posibilidad del hecho, casi tanto como en el hecho mismo.

Los débiles tienen rara vez confianza en la justicia y en la razón de los fuertes. Por eso los Estados que crecen con menos velocidad que los demás, echan miradas de desconfianza y envidia hacia aquéllos que la suerte favorece. De aquí aquel malestar profundo y aquel vago desasosiego que se observa en una parte de la Unión, y que hacen contraste con el bienestar y confianza que reina en la otra. En mi opinión, la actitud hostil que ha tomado el Sur, no tiene otras causas.

Los hombres del Sur son, entre todos los americanos, los que deberían tener más apego á la Unión, porque especialmente son ellos quienes padecerían, de ser abandonados á sí mismos ¡y sin embargo son los únicos que amenazan romper el haz de la confederación! ¿De dónde, pues, dimana esto? Es fácil decirlo: el Sur, que ha suministrado cuatro presidentes á la confederación (1), que hoy sabe que se le escapa la potestad federal, que cada año ve disminuirse el número de sus representantes en el Congreso y aumentarse los del Norte y Oeste; el Sur, repito, poblado de hombres fogosos é irascibles, se irrita y se desasosiega. Vuelve pesadamente sus miradas hacia sí mismo; consultando lo pasado, se pregunta todos los días sino está oprimido; y si no se escucha su voz, se indigna y amenaza retirarse de la sociedad cuyas cargas sobrelleva sin obtener provechos.

«Las leyes de la tarifa (arancel), decían los habitantes de la Carolina en 1832, enriquecen al Norte y arruinan al Sur; porque sin eso, ¿cómo cabe concebir que aquél con su clima inhospitalario y su suelo árido, aumente sin cesar sus riquezas y su potestad; mientras que el Sur, que forma como el jardín de América, caiga rápidamente en decadencia?» (2)

(1) Washington, Jefferson, Madison y Monroe.

(2) Véase la relación hecha por su junta á la convención, que proclamó la anulación de la Carolina del Sur.

Si las mudanzas de que he hablado se efectuasen gradualmente, de modo que cada generación tuviese á lo menos tiempo de pasar con el orden de cosas que ha presenciado, sería menor el peligro; mas hay algo de precipitado, y podría casi decir de revolucionario, en los progresos que hace la sociedad en América. El mismo ciudadano ha podido ver su Estado marchar al frente de la Unión y ser ineficaz en los consejos ó juntas federales. Hay república angloamericana que ha tomado cuerpo tan pronto como un hombre; nacida, crecida y llegada á madurez en treinta años.

No obstante esto, no es de suponer que allí los Estados que pierden el poderío se despueblen ó se empeoren; su posteridad no se detiene; crecen aún más prontamente que ningún reino de Europa (1). Pero les parece que se empobrecen, porque no se enriquecen tan pronto como su vecino y creen perder su potestad, porque entran de golpe en contacto con una mayor que la suya (2); son, pues, sus sentimientos y sus pasiones los que se ofenden, más que sus intereses. ¿Y esto no es lo bastante para que peligre la confederación? Si desde el comienzo del mundo los pueblos y los reyes no hubieran tenido que mirar más que su utilidad real, apenas se sabría lo que es guerra entre los hombres.

Así, el mayor peligro que amenaza á los Estados Unidos, nace de su misma prosperidad, la cual propende á crear en varios de los

(1) La población de un país forma de seguro el primer elemento de su riqueza. Durante el mismo período de 1820 á 1830, en que Virginia perdió á dos diputados en el Congreso, se acrecentó su población en la proporción de trece y un séptimo por ciento; la de las Carolinas en la relación de quince á ciento, y la de Georgia en la proporción de cincuenta y uno y un quinto. (Véase *American Almanac*, 1832, pág. 162). Pues bien: Rusia, que es el país de Europa en que crece con más rapidez la población, no aumenta de diez en diez años el número de sus habitantes, sino en la proporción de nueve y un quinto por ciento; Francia, en la de un siete, y Europa, en masa, en la de cuatro y un séptimo por ciento. (Véase *Malte Brun*, volumen VI, pág. 95).

(2) Debe confesarse, sin embargo, que la depreciación efectuada en el valor del tabaco, desde cincuenta años acá, ha disminuído sobremanera el desahogo de los cultivadores del Sur; pero este hecho es independiente de la voluntad de los hombres del Norte, lo mismo que de la suya.

confederados el desvanecimiento que acompaña el aumento rápido de la fortuna, y en los otros la envidia, la desconfianza y los disgustos que suelen venir en pos de la pérdida.

Los americanos se regocijan contemplando este movimiento extraordinario, y en mi juicio deberían mirarle pesarosa y tímida-mente (1). Los americanos de los Estados Unidos, hagan lo que hicieren, llegarán á ser uno de los mayores pueblos del mundo; cubrirán con sus vástagos casi toda la América del Norte; el continente que habitan es su dominio y no se les puede escapar. ¿Quién, pues, les da prisa para ponerse en posesión de él desde el día de hoy? La riqueza, el poderío y la gloria no pueden faltarles algún día, y se precipitan hacia aquella inmensa fortuna como si no les quedase más que un instante para apoderarse de ella.

Cree haber demostrada que la existencia de la confederación actual dependía enteramente de la conformidad de todos los confederados, en querer permanecer unidos. Y partiendo de este dato, he averiguado cuáles eran las causas que podían inducir á los diferentes Estados á querer separarse; mas para la Unión hay dos maneras de perecer: uno, queriendo los Estados confederados retirarse del contrato y así quebrar violentamente el lazo común, siendo á este caso al que se refieren las más de las observaciones que he hecho antes de ahora, ó el gobierno federal puede perder progresivamente su potestad por una tendencia simultánea de las repúblicas á recobrar el uso de su independencia. El poder central, privado sucesivamente de todas sus prerrogativas, reducido por un acuerdo tácito á la impotencia, sería inhábil para llevar su objeto, y perecería la segunda Unión, como la primera, por una especie de imbecilidad senil.

El debilitamiento progresivo del vínculo federal, que conduce definitivamente á la anulación de la Unión, es, por otra parte en sí mismo un hecho distinto que puede traer otros muchos resultados menos extremados, antes de producir aquél. Y aunque existiese to-

(1) Hasta hoy no se ha visto hecho alguno que venga á confirmar tal previsión; al contrario, á medida que ha ido aquella nación prosperando sus riquezas, su potencia nacional se ha ido aumentando y su cultura hasta llegar á ser una de las naciones próceres del globo.—(N. del T.)